

La debilidad de los Estados Unidos y la lucha por la hegemonía

Immanuel Wallerstein

Empezaré con dos cosas con las que creo que estarán probablemente de acuerdo casi todos los lectores de *MR*. Una, que el imperialismo es parte integral de la economía-mundo capitalista. No es un fenómeno especial. Siempre ha estado ahí. Siempre estará ahí, mientras tengamos una economía-mundo capitalista. Dos, que en este momento estamos experimentando una forma particularmente agresiva y notoria de imperialismo, que ahora incluso está lista para afirmar que es imperialista.

Ahora bien, os pido que reflexionéis sobre ello como si se tratara de algo anómalo. ¿Cómo es posible que estemos viviendo una forma especialmente agresiva y notoria de imperialismo, que por primera vez en más de cien años está lista para utilizar las palabras «imperial» e «imperialismo»? ¿Por qué habría de suceder tal cosa? La respuesta que daría la mayoría, en una sola palabra, es: por la *fuerteza* de los Estados Unidos. La que daré yo, en una palabra, es: por la *debilidad* de los Estados Unidos.

Cabe que empecemos a partir de 1945, cuando los Estados Unidos pasaron a ser hegemónicos, realmente hegemónicos. ¿Qué significa la hegemonía en este contexto? Significa que la nación-estado de los Estados Unidos era

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, nº 3, julio-agosto de 2003, pp. 23-29. Traducción de Joan Quesada.

• Immanuel Wallerstein dirige el Centro Fernand Braudel para el Estudio de la Economía, los Sistemas Históricos y las Civilizaciones, es editor de *Review* y es Académico Investigador Superior de la Universidad de Yale. Es autor de *The Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World* (The New Press, 2003; edición castellana en preparación).

tanto más fuerte, tenía una capacidad económica tanto más adelantada que la de cualquier otro país del mundo en 1945, que podía vender más barato que cualquiera en sus propios mercados domésticos. Los Estados Unidos tenían una fuerza militar sin parangón. Como consecuencia, tenían la capacidad de crear formidables alianzas: la OTAN, el Pacto de Defensa entre los Estados Unidos y Japón, etcétera. Al mismo tiempo, los Estados Unidos, como potencia hegemónica, se convirtieron culturalmente en el centro del mundo. Nueva York se convirtió en el centro de la alta cultura y la cultura popular norteamericana empezó a desfilar por todo el mundo.

La primera vez que estuve en la Unión Soviética, en la era Breznev, mi anfitrión me llevó a un club nocturno en Leningrado. Lo que me dejó perplejo de la Unión Soviética, durante todo el tiempo que estuve allí, fue que en ese club se escuchara música popular norteamericana cantada en inglés. Y, por supuesto, ideológicamente, creo que subestimamos el grado en que el tema del «mundo libre» ha cobrado legitimidad entre amplios segmentos de la población mundial.

Así pues, los Estados Unidos estuvieron en la cima del mundo durante unos veinticinco años, para lograr cualquier cosa que quisieran lograr.

Es cierto que existía la Unión Soviética, que suponía un escollo militar para los Estados Unidos. Sin embargo, los Estados Unidos se ocuparon del tema de una forma muy simple por medio de un acuerdo. Se llama Yalta, y comprende más cosas que las que ocurrieron en Yalta propiamente. Creo que la izquierda ha subestimado históricamente la realidad y la importancia de los acuerdos de Yalta, que convirtieron la Guerra Fría en un arreglo coreografiado con el que nada sucedió realmente durante cuarenta años. Eso era lo importante de la Guerra Fría. Dividía el mundo en una zona soviética, que era más o menos un tercio del total, y la zona de los Estados Unidos, que era de dos tercios. Mantenía las zonas económicamente aparte y les permitía gritarse entre sí para mantener en orden a su propio bando, pero no les permitía efectuar cambios verdaderamente sustanciales en el pacto. Los Estados Unidos, por lo tanto, estaban aposentados en la cima del mundo.

Eso duró tan sólo alrededor de veinticinco años. Los Estados Unidos se toparon con dificultades en algún momento entre 1967 y 1973, por tres causas. Una, que perdieron su ventaja económica. La Europa occidental y Japón se volvieron lo suficientemente fuertes como para defender sus propios mercados. Incluso empezaron a invadir los mercados estadounidenses. Eran más o menos igual de fuertes y competitivos que los Estados Unidos en el terreno económico, y eso, por supuesto, tenía implicaciones políticas.

En segundo lugar, se produjo la revolución mundial de 1968 en la que muchos lectores de *MR* estuvieron implicados de una u otra forma. Pensemos

en lo que sucedió en 1968. En 1968, había dos temas que se repetían en todos los lugares, por todo el mundo, en una u otra versión. Uno: no nos gusta la hegemonía y el dominio mundial de los Estados Unidos, y no nos gusta la connivencia de la Unión Soviética con ello. Era un tema presente en todas partes. No era sólo la postura de los chinos respecto a las dos superpotencias, sino también la de la mayor parte del resto del mundo.

La segunda cosa que dejaba clara el 68 era que la vieja izquierda, que había llegado al poder en todos los sitios —los partidos comunistas, los partidos socialdemócratas y los movimientos de liberación nacional—, no había cambiado el mundo, y algo se tenía que hacer al respecto. Ya no estábamos seguros de confiar más en ella. Eso socavó la base ideológica del acuerdo de Yalta, algo muy importante.

La tercera cosa que sucedió es que había gente que no estaba de acuerdo con Yalta. Estaban situados en el Tercer Mundo, y hubo al menos cuatro derrotas significativas del imperialismo que tuvieron lugar en ese Tercer Mundo. La primera fue China, donde el Partido Comunista desafió a Stalin y marchó sobre una Shangai controlada por el Kuomintang en 1948, con lo que logró arrebatar la China continental a la influencia estadounidense. Fue una derrota crucial de los Estados Unidos en su intento por controlar la periferia. En segundo lugar están los sucesos de Argelia, con todas sus implicaciones como modelo para otros territorios coloniales. También Cuba, en el patio trasero de los Estados Unidos. Y, por último, está Vietnam, al que tanto Francia como los Estados Unidos fueron incapaces de derrotar. Se trata de una derrota militar de los Estados Unidos que ha estructurado desde entonces la geopolítica mundial.

El triple hecho de la aparición de rivales económicos, la revolución mundial de 1968, con su impacto en las mentalidades de todo el mundo, y la derrota de los Estados Unidos en Vietnam, tomado en su conjunto, marca el inicio del declive de los Estados Unidos.

¿Cómo podían los dirigentes norteamericanos manejar la pérdida de hegemonía? Ese ha sido el problema desde entonces. Había dos modos principales de abordar dicha pérdida de hegemonía. Uno es el que se puso en práctica desde Nixon a Clinton, incluido Ronald Reagan, e incluido George Bush padre. Todos esos presidentes de los Estados Unidos trataron el problema de la misma manera: una variante, fundamentalmente, del guante de terciopelo que esconde un puño de hierro.

Querían convencer a la Europa occidental y Japón, y a otros países, de que los Estados Unidos podían ser cooperativos, de que, aunque los Estados Unidos ejercieran el «liderazgo», los demás podían lograr una alianza como semiiguales. Eso es lo que son la Comisión Trilateral y el G7. Y, por supues-

to, durante todo ese tiempo utilizaron la fuerza unificadora de la oposición a la Unión Soviética.

En segundo lugar, estaba el llamado «consenso de Washington», que cobró cuerpo en la década de 1980. ¿De qué trata el consenso de Washington? Les recuerdo que los años 70 fueron la época en la que las Naciones Unidas proclamaron la década del desarrollo. El desarrollismo es el nombre que se le dio al juego desde la década de 1950 a la de 1970. Todo el mundo proclamaba que los países podían desarrollarse. Los Estados Unidos lo proclamaban. La Unión Soviética lo proclamaba, y todos los países del Tercer Mundo lo proclamaban —sólo hacía falta que un Estado estuviera adecuadamente organizado. Por supuesto, la gente no se ponía de acuerdo sobre cómo se organiza adecuadamente un Estado, pero si éste se pudiera organizar adecuadamente y hacer lo correcto, podía desarrollarse. Esa era la ideología fundamental. El desarrollo cabía lograrlo por medio de algún tipo de control sobre lo que sucedía dentro de los estados nacionales soberanos.

Ahora bien, el consenso de Washington fue el abandono y la denigración del desarrollismo, algo que para fines de la década de 1980 había fracasado visiblemente y que, por lo tanto, todo el mundo estaba listo para abandonar. En lugar del desarrollismo se puso lo que dieron en llamar globalización, que significaba simplemente abrir todas las fronteras y destruir las barreras a: (a) el movimiento de mercancías y, más importante, (b) el capital, pero no (c) la mano de obra. Y los Estados Unidos comenzaron a imponerle eso al mundo.

La tercera cosa que hicieron, siguiendo esa misma línea de «cooperación», fue la creación del consenso ideológico de Davos. Davos no carece de importancia. Davos es un intento de crear un punto de encuentro de las elites del mundo, incluidas las elites del Tercer Mundo, y de reunir e integrar su actividad política.

Al mismo tiempo, los objetivos de los Estados Unidos durante ese periodo tomaban tres formas. Una era lanzar una contraofensiva. Se trataba de una contraofensiva del neoliberalismo en tres niveles para: (1) reducir los salarios en todo el mundo; (2) reducir los costes de las corporaciones (y acabar con las limitaciones ecológicas a éstas) permitiendo la externalización y la socialización de dichos costes; y (3) reducir los impuestos, que financiaban las garantías sociales (es decir, que financiaban la educación, la atención sanitaria y las garantías de ingresos vitalicios).

En los tres niveles, el éxito fue sólo parcial. No se triunfó completamente en ninguno de ellos, pero sí se triunfó un tanto en los tres. Sin embargo, no se consiguió reducir las curvas de costes a nada parecido al nivel de 1945.

Las curvas de costes habían subido mucho, y ahora están bajas, pero no están por debajo del nivel de 1945, y volverán a subir.

El segundo objetivo era ocuparse de la amenaza militar. La verdadera amenaza al poder militar de los Estados Unidos, y es algo que afirman continuamente, así que mejor que los creamos, es la proliferación nuclear, porque, si cualquier país pequeño tiene armas nucleares, el hecho de emprender acciones militares se vuelve algo delicado para los Estados Unidos. Eso es lo que está demostrando Corea del Norte en estos momentos. Corea del Norte sólo tiene dos bombas nucleares, si es correcto lo que dicen los periódicos, pero eso ya basta para trastornar las cosas.

El tercer objetivo —y era un objetivo crucial en el que han trabajado desde la década de 1970— era detener la Unión Europea. Los Estados Unidos estaban a favor de la Unión Europea en las décadas de 1950 y 1960, cuando ésta era un modo de conseguir que Francia estuviera de acuerdo con el rearme de Alemania. Pero, cuando ésta se convirtió en algo serio, se la vio como un intento de crear un Estado europeo de uno u otro tipo y, por supuesto, los Estados Unidos se oponían enérgicamente a ello.

¿Qué sucedió? En primer lugar, tuvimos el hundimiento de la Unión Soviética. Eso fue un desastre para los Estados Unidos. Suprimió el arma política más importante que tenían con respecto a la Europa occidental y a Asia oriental.

En segundo lugar, estaba Saddam. Saddam Hussein inició la primera Guerra del Golfo. Lo hizo deliberadamente. Lo hizo deliberadamente para desafiar a los Estados Unidos. No podría haberlo hecho si la Unión Soviética hubiera sido todavía una potencia activa. Lo habrían detenido porque habría resultado demasiado peligroso en términos del acuerdo de Yalta. Y se salió con la suya. Lo que quiere decir que al final de la guerra todo lo que había perdido era lo que había ganado. Volvía al mismo lugar en el que había comenzado. Eso es lo que se les ha atragantado durante diez años. La guerra acabó en empate. No fue una victoria de los Estados Unidos.

En tercer lugar, en la década de 1990 asistimos, con toda seguridad, a un repunte momentáneo de la economía estadounidense, pero no de la economía mundial en su conjunto, y se trata de un repunte ahora ya finalizado. Lo que tenemos ahora es el debilitamiento del dólar, y el dólar ha sido un punto de apoyo crucial para los Estados Unidos, algo que les ha permitido tener el tipo de economía que tienen así como el dominio que ejercen sobre el resto del mundo. Y, por último, tenemos el 11 de septiembre, que dejó patente que los Estados Unidos eran vulnerables.

Y aquí es donde entran en juego los halcones. Los halcones no se consideran a sí mismos la triunfante continuación del capitalismo estadouni-

dense, ni del poder de los Estados Unidos, ni de nada así. Se ven a sí mismos como un grupo de frustrados marginales que durante cincuenta años no lograron salirse con la suya, ni siquiera con Ronald Reagan, ni con George Bush padre, ni con George Bush hijo antes del 11 de septiembre. Aún les preocupa que George Bush hijo se acobarde y los deje plantados. Piensan que la política que va de Nixon a Clinton y hasta el primer año de George W. Bush de intentar capear la situación diplomáticamente, multilateralmente —yo la llamo el guante de terciopelo— fue un completo fracaso. Piensan que tan sólo consiguió acelerar el declive de los Estados Unidos y piensan que esto tenía que cambiar radicalmente para enfrascarse en una actuación notoria, abierta, imperial: la guerra por la guerra. No querían entrar en guerra con Irak o con Saddam Hussein porque éste fuera un dictador. Ni siquiera era por el petróleo por lo que querían entrar en guerra con Irak. Necesitaban la guerra para mostrar que los Estados Unidos *podían hacerlo*, y necesitaban tal demostración para intimidar a dos grupos distintos: (1) a cualquiera en el Tercer Mundo que pensara que debía dedicarse a la proliferación nuclear, y (2) a Europa. Fue un ataque a Europa, y esa es la razón por la que Europa respondió como respondió.

Escribí un artículo en 1980 en el que decía: «es geopolíticamente inevitable que en el periodo siguiente surja una alianza París/Berlín/Moscú.» Decía tal cosa cuando la Unión Soviética todavía existía, y lo he repetido desde entonces. Ahora, todo el mundo habla de ello. De hecho, existe una web, www.paris-berlin-moscou.info/, que reimprime lo que las personas escriben por toda Europa en francés, alemán, ruso e inglés sobre las virtudes de una unión París/Berlín/Moscú.

No hay que subestimar la segunda no votación en el Consejo de Seguridad en marzo de 2003. Es la primera vez desde la fundación de las Naciones Unidas en la que los Estados Unidos, en relación con un tema de su interés, no consiguen una mayoría en el Consejo de Seguridad. Por supuesto que en el pasado han tenido que vetar varias resoluciones, pero ninguna sobre un tema verdaderamente crucial para ellos. Pero en marzo de 2003 *retiraron* la resolución porque no podían obtener más de cuatro votos a su favor. Fue una humillación política y como tal se la contempló universalmente. Los Estados Unidos habían perdido legitimidad, y es por eso por lo que ya no se puede decir que sean hegemónicos. El hecho se puede denominar como se quiera pero no hay legitimidad, y eso es crucial.

Así pues, ¿qué debemos esperar en los próximos diez años? En primer lugar está la cuestión de cómo se construirá Europa. Será muy difícil, pero serán capaces de construirla, y construirán un ejército. Quizás no toda Europa, pero sí el núcleo de ésta. Los Estados Unidos están realmente preo-

cupados por ello, y, antes o después, ese ejército se unirá con el ejército ruso.

En segundo lugar, cabe mirar hacia el Asia nororiental. Es más difícil, pero creo que China, una Corea reunificada y Japón comenzarán a avanzar juntos política y económicamente. Ahora bien, no será fácil. La reunificación de Corea será algo tremendamente difícil de conseguir. También la reunificación de China será difícil de conseguir, y todos esos países tienen todo tipo de razones para odiarse entre sí, y todo tipo de tensiones con profundas raíces históricas, pero se encuentran presionados. Si han de sobrevivir, de forma realista, como fuerzas independientes en el mundo, avanzarán en dicha dirección.

En tercer lugar, deberíamos estar atentos al Foro Social Mundial. Pienso que es ahí donde está la acción. Es el movimiento social más importante ahora sobre la faz de la tierra, y el único que tiene alguna oportunidad de jugar un papel realmente significativo. Ha florecido con una gran rapidez. Es rico en contradicciones internas que no debemos subestimar, y atravesará por toda clase de periodos difíciles, y quizás no logre sobrevivir. Quizás no logre sobrevivir como un movimiento de movimientos, que no tiene un centro jerárquico, que es tolerante con todas las variedades presentes en su seno y que, a pesar de ello, representa alguna cosa. No es un juego fácil, pero es la mejor esperanza.

Por último, creo que deberíamos mirar a las contradicciones internas entre los capitalistas. La contradicción política básica del capitalismo a lo largo de su historia ha sido que todos los capitalistas tienen un interés común en la medida en que se da una lucha de clases mundial. Al mismo tiempo, todos los capitalistas son rivales de los otros capitalistas. Esa es una de las contradicciones fundamentales del sistema, y va a resultar muy explosiva.

No creo que debamos subestimar el hecho de que en abril de 2003 Lawrence Eagleberger, secretario de Estado con el primer presidente Bush y que sigue siendo un consejero cercano del padre del actual presidente, puso por escrito que si los Estados Unidos invadieran ahora Siria, él, Eagleberger, estaría a favor de recusar a George W. Bush. Ahora bien, no es una afirmación a la ligera que pueda hacer una persona como esa. Así pues, está enviando un mensaje, ¿y de quién procede el mensaje? Creo que procede del padre, por una parte. Y, además, procede de un segmento importante del capital estadounidense y del capital mundial. No están en absoluto contentos con los halcones. Los halcones no han ganado la partida. Se han apoderado de la maquinaria estatal de los Estados Unidos. El 11 de septiembre lo hizo posible. Y los halcones saben que es o ahora o nunca y seguirán apretando, porque si no aprietan para seguir adelante caerán de espaldas. Pero no

tienen garantía alguna de éxito, y algunos de sus mayores enemigos son otros capitalistas a los que no les gusta su línea de actuación respecto a Europa y Japón porque creen básicamente en la unidad del capital, y no creen que el modo de atajar esos temas sea machacar cualquier oposición, sino que preferirían pactar con ella. Están gravemente preocupados porque ese Sansón acabe por derribar la casa.

Hemos entrado en un mundo caótico. Tiene que ver con la crisis del capitalismo como sistema, pero no discutiré ahora ese punto. Lo que sí diré es que esta situación mundial caótica se mantendrá durante los próximos veinte o treinta años. Nadie la controla, y menos aún el gobierno de los Estados Unidos. El gobierno de los Estados Unidos va a la deriva en una situación que intenta gobernar en todas partes y que será incapaz de gobernar en ninguna. Eso no es ni bueno ni malo, pero no deberíamos sobrestimar a esas personas ni a la fuerza en la que se apoyan.